

La lucha contra la pobreza y la exclusión, *El tema de nuestro tiempo*

Sebastián Mora Rosado

Desde los años noventa el crecimiento económico, medido como incremento productivo, aumentó de manera nunca conocida en la historia económica de la humanidad.

Entre 1990 y 2007 el PIB a nivel mundial creció en un 4%, llegando en algunos países al 7,3%. Este incremento estaba basado en la sencilla ecuación, «más es siempre mejor». Sin embargo, este modelo de crecimiento basado en un incremento asombroso del crédito directo y sus derivados y en el potencial consumidor de los países dejaba a casi un tercio de la humanidad sufriendo los duros efectos de la pobreza.

En pleno crecimiento, en plena expansión productiva, las desigualdades territoriales y entre los pueblos eran indecentes. En estos momentos de crisis global se intensifica la injusta, desproporcionada y contradictoria omnipresencia de la «pobreza y la exclusión social» en nuestro mundo. Sin duda, me atrevo a calificarlo, parafraseando a Ortega, como el «El tema de nuestro tiempo». Cuando la mayoría de las personas de este mundo sufren la pobreza, en sus diversas e intensas manifestaciones, cuando muchas zonas de nuestro planeta están excluidas, orilladas u olvidadas, no podemos mirar hacia otro lado. Esta es la realidad de la exclusión social que en la actualidad presenta un panorama en el que «una proporción importante de la

población mundial está pasando de una situación estructural de explotación a una posición estructural de irrelevancia»¹.

Si Hegel decía que la persona era un mero recuerdo en la marcha del Espíritu absoluto, nosotros podemos decir que el modelo de desarrollo que nos hemos dado exige que la persona sea olvidada para poder legitimar su existencia. Por eso en la lucha contra la pobreza nos jugamos nuestro ser más profundo, el ser persona en sociedad. La lucha contra la pobreza no es sólo, ni fundamentalmente, un proceso funcional por complejo que éste sea. En este campo de batalla nos estamos jugando nuestra realización de sentido como personas y sociedad. Por ello, Benedicto XVI en su última Encíclica nos advierte con especial inteligencia que hoy más que nunca «la cuestión social es una cuestión antropológica». La persistencia de la pobreza manifiesta de manera cruenta la pereza moral y política de nuestras sociedades. Este año 2010 la Unión Europea lo ha declarado año europeo de lucha contra la pobreza y la exclusión social y más allá de la retórica de *los años de...* deberíamos

afrontar con osadía una batalla integral contra la pobreza y la exclusión social.

De manera escueta entiendo que para afrontar con cierta lucidez «El tema de nuestro tiempo» es necesario recorrer tres escenarios entrelazados y conectados, aunque con cierta autonomía interna. El primer escenario quiere proponer una manera distinta de mirar el mundo económico y social. En segundo lugar, me gustaría anotar con toda la solemnidad posible que los momentos que vivimos no son sólo, ni esencialmente, una crisis económica, sino que estamos sumidos en una crisis de esperanza. Y, por último, quiero destacar que estamos convocados de manera improrrogable a reinventar el espacio público como lugar de deliberación y diálogo en común.

El mundo que vivimos

Habitualmente las miradas que hacemos sobre los procesos sociales y culturales están realizadas desde la neutralidad de los que vivimos bien instalados. Sin embargo, a mí me gustaría hacer una evocación, del momento que vivimos, más que una simple autopsia sobre el cadáver de los procesos económicos y sociales. La evoca-

¹ CASTELLS, MANUEL, «La economía informacional, la nueva división internacional del trabajo y el proyecto socialista», en *Socialismo del Futuro*, n.º 4, 1991.

ción no es un mero acto intelectual y analítico, sino que es una provocación a que la realidad de la pobreza nos interpele sustancialmente.

Decía hace años Inmanol Zubero que era «absolutamente imprescindible que cambiemos nuestra mirada, que aprendamos a mirar la realidad con una perspectiva nueva para poder así sentir el dolor de todas las otras personas que sufren»². Este llamamiento sigue siendo hoy una urgencia para una ciencia social que quiera ser crítica, es una obligación para que el Tercer Sector de acción social pueda definir una presencia digna y dignificante, es una exigencia para construir una política que persiga el bien común y es esencial para que la Iglesia sea fiel al Espíritu de Jesús. Si para Sartre el «infierno eran los otros», para nosotros los otros excluidos y apropiados son la condición de posibilidad de todo conocimiento, de toda práctica y de toda Esperanza.

En esta evocación es fundamental ser conscientes de que el momento social y económico que vivimos no ha sido producido por la mala fortuna, por el azar o por una ruptura extraordinaria de la normali-

² ZUBERO, I., *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, Ed. Hoac, 1997, p. 137.

dad. Los procesos que hoy sufrimos emergen desde un modelo de desarrollo que antes de la «crisis» estaban presentes.

Es curioso cómo hemos «esencializado» y «sustantivado» la crisis de manera que parece que no tiene que ver con los procesos an-

*lo que es importante
afirmar es que de «aquellas
aguas vienen estos lodos»
y el modelo social injusto,
asimétrico y desigual
lo venimos construyendo
desde mucho tiempo antes;
la economía del «capital
impaciente» ha mostrado
su capacidad mortífera*

teriores a su emergencia. Hay datos antes de la crisis que son indignantes para un mundo que decíamos estaba en pleno desarrollo económico. Baste con recordar que en 2008 aproximadamente 963 millones de personas sufrían hambre severa según la FAO y que 1.000 millones de personas vivían con menos de un dólar al día.

Dicha reflexión cabe con la misma intensidad en nuestro Estado. El VI Informe Foessa³ lo precisaba con claridad meridiana. En los años de crecimiento económico la pobreza en España se mantuvo y la desigualdad aumentó. Vivíamos en una sociedad con una vulnerabilidad muy alta, con efectos de ruptura social (un 19,5% de la población se encontraba bajo el umbral de la pobreza) y con inmensas consecuencias de fractura social (un 3,9% de la población está no ya en bajo el umbral de pobreza, sino en situación de pobreza severa; un 5,3% estaba en situación de exclusión severa).

Sin duda alguien puede decir con toda razón que en estos momentos estamos peor. Desde Cáritas bien conocemos que la situación actual a nivel internacional y nacional es de una enorme dureza. En diciembre de 2009 presentábamos el último análisis del Observatorio de la Realidad Social en el que mostrábamos el incremento de personas atendidas por Cáritas Española desde las diversas diócesis. Del año 2007 al 2009 habíamos duplicado el número de personas que se acercaban a nuestros proyectos y servicios (800.000 personas).

³ VI Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008, Fundación Foessa-Cáritas.

Nadie pone en duda dicha evidencia. Es más, no es aventurado decir que las consecuencias sociales de la crisis van a seguir afectando a los más pobres durante varios años más de manera intensa. Lo que es importante afirmar es que de «aquellas aguas vienen estos lodos» y el modelo social injusto, asimétrico y desigual lo venimos construyendo (y sólo algunos disfrutando) desde mucho tiempo antes. La economía del «capital impaciente» (más, en menos tiempo y sin calcular las consecuencias), como afirma Harrison, ha mostrado su capacidad mortífera.

Otra de las retóricas que han existido por doquier hace referencia a que la crisis se debe a un colapso financiero. No es un problema del modelo de crecimiento, sino de un sistema financiero regido por dirigentes sin escrúpulos.

Esto es cierto, pero no es toda la verdad. Sin duda se ha dado un colapso financiero de magnitudes desproporcionadas y es evidente que la ética personal e institucional no ha estructurado las acciones del sistema financiero. «Pero la crisis actual no se debe a un colapso de los sistemas financieros. Atribuirle a esta circunstancia sería tomar el efecto por la causa: lo financiero ha sido el desencadenante, pero precisamente porque

La lucha contra la pobreza y la exclusión

sustentaba un modelo de crecimiento y globalización –hasta entonces de un éxito incontestable en sus fines–, que se basaba en aumentos crediticios tan desaforados que resultaban insostenibles a largo plazo»⁴.

Como decía Marcel Mauss, «la sociedad se engaña a sí misma con sus propios sueños» y es capaz de negar la brecha, la ruptura y la fragilidad que hemos ido construyendo para las personas y los pueblos. Esta crisis ha puesto encima de la mesa algo que repetíamos incansablemente desde algunos espacios sociales: que el crecimiento no es igual a desarrollo y que estamos padeciendo no sólo una crisis de crecimiento económico (algunos llegan a decir que el capitalismo globalizado se ha quedado sin modelo de política económica), sino una auténtica crisis de modelo de desarrollo.

En este contexto debemos afirmar, como lo hace la Doctrina Social de la Iglesia, que la economía es una rama más de la actividad humana y que está al servicio de las personas y de los pueblos. Y no como aparece en muchos discursos en los que las personas están al servicio de la economía. Por ello, es in-

⁴ LORENTE, M. A., y CAPELLA, R., *El crack del año ocho. La crisis. El futuro*, Minima Trotta, 2009, p. 11.

dispensable que la «salida» de la crisis (al menos en sus términos económicos) no la sustentemos en los mismos procesos que la han producido.

Volviendo a la evocación primera, y desde su virtualidad de provocación, creo que la esperanza del futuro vendrá por la capacidad de construir una economía al servicio

*un problema radical para
luchar contra la pobreza
y la exclusión social
es la falta de esperanza
que mostramos en poder
ganar la batalla;
la «desmoralización»
de la sociedad, en el sentido
que aquí presento,
es un instrumento de
dominación simbólica
de gran poder y efectividad*

de las personas, de todas las personas. Y si me permiten seguir con la provocación especialmente de aquellas personas a las que les hemos arrebatado la dignidad de la justicia y la igualdad.

Una economía al servicio del bien común debe girar sus objetivos

para buscar el bien de los más pequeños y vulnerables. Y sin duda ello exige, y es el siguiente apartado, un modelo antropológico distinto.

La cuestión antropológica

Se ha dicho desde muchos ámbitos, y con especial insistencia desde Cáritas y la Iglesia, que vivi-

*la jerarquía de lo humano
debe empezar por poner
en primer lugar a los más
débiles y excluidos;
el comienzo de toda ética
no empieza en la razón,
en la pasión o en la
creencia, acontece en el
otro y por el otro*

mos no sólo una crisis de procesos económicos, sino una crisis de valores. Es decir, que los vínculos que tenemos como sociedad se han fragilizado de manera rápida e intensa. Nuestra estimativa ética parece que ha perdido su sentido de rectitud y búsqueda de la verdad y ha sucumbido a los cantos

de sirena de una sociedad individualista y consumista.

Como dice George Soros, «las relaciones que los seres humanos mantenían entre sí han sido sustituidas por transacciones». Lo dicho no quiere decir que no existan valores, creo que mientras existan personas en el mundo existirán valores; sino que han perdido su capacidad de orientarnos y sustentarnos. Lejos de la apocalíptica me interesa destacar especialmente dos ámbitos esenciales.

El primero tiene que ver con la «desmoralización» en un sentido de falta de tono vital, de ausencia de energía ética para afrontar el futuro. Ortega y el recordado profesor Aranguren decían que era un aspecto esencial para atenerse a cualquier cambio social. Creo que un problema radical para luchar contra la pobreza y la exclusión social es la falta de esperanza que mostramos en poder ganar la batalla. El «efecto destino» que nos inculca una falsa creencia de que nada es transformable, tiene el brío del peor gas letal para cualquier propuesta de nueva sociedad. La «desmoralización» de la sociedad, en el sentido que aquí presento, es un instrumento de dominación simbólica (Bourdieu) de gran poder y efectividad.

En el ámbito de las Organizaciones sociales es muy visible y por ello muchas veces no son más que agencias de servicios que parece ser lo único estimable y mesurable. Hace pocos meses, me contaba una amiga, en un curso Master sobre Organizaciones sociales dialogando sobre las funciones de las mismas y tratando de argumentar sobre la función ética, política y relacional que tienen las Organizaciones sociales, el juicio fue drástico por parte del profesor, y también la mayoría de alumnos: «el mayo del 68 ha pasado». Las organizaciones del siglo XXI deben estar centradas en los servicios que prestan, con mucha calidad e innovación, y dejar de cambiar el mundo.

En la actualidad las personas y las Organizaciones están, muchas veces, movidas sólo por el deseo de autoconservación persuadidas de que nada queda por hacer, sin ningún tipo de aspiración. Es lo que Nietzsche llamó «el último hombre». Yo sigo creyendo que queda mucho por hacer, mucho por pensar, mucho por desear cuarenta y dos años después de mayo del 68. Las personas siempre somos las penúltimas en la historia de la humanidad.

Sin un tono vital enérgico, magnánimo y lúcido la salida de la crisis es pura ensoñación. No quiero

predicar un utopismo adánico sin fundamento en la realidad. Pero tampoco podemos caer en un pragmatismo vacío y estéril que hace de las personas un simple punto en una estadística. La dominación del sentido nos presentará el «fin de la historia» como el único camino posible.

La presentación de la bestia como imbatible es una figura clave del Apocalipsis («¿quién es semejante a la bestia y quién podrá lidiar con ella?», 13:4) que nos debe hacer conscientes de la dificultad y dureza de los caminos. Pero también alertarnos de que los caminos no consisten en hacernos semejantes a la «bestia», sino en descubrir y crear otras vías y maneras. Nuestra adormecida «sensibilidad vital» nos debería retumbar con insistencia para poder alcanzar una altitud ética y cívica que sepa responder a las profundas llamadas del «tema de nuestro tiempo».

Si la altitud ética y el tono moral en un contexto es esencial para luchar contra la pobreza, no lo es menos el segundo aspecto que me gustaría compartir. De manera sintética lo formularía como la especial «relevancia de los ausentes del bienestar» en toda estimativa ética. La jerarquía de lo humano debe empezar por poner en primer lugar a los más débiles y excluidos. Construir desde la debili-

dad, la pequeñez, el reconocimiento de los más vulnerables se convierte en un auténtico imperativo (imperativo ajeno al mundo de «la bestia»). Bíblicamente lo expresaríamos con la profunda pregunta: ¿soy acaso yo el guardián de mi hermano? Pues sí, lo eres. Como afirmaría Levinas, «eres responsable del otro sin esperar la

*es esencial para luchar
contra la pobreza y la
exclusión social generar
espacios de debates plurales
y amplios que nos permitan
adueñarnos de nuestra
situación, que nos otorguen
la posibilidad de sopesar
y repensar quiénes
queremos ser y hacia dónde
queremos ir*

recíproca». El comienzo de toda ética no empieza en la razón, en la pasión o en la creencia, acontece en el otro y por el otro.

Desde el solipsismo egoísta no podemos ponderar valores, no podemos vincularnos con los otros, no podemos reconocernos como humanos. El reto es convertir los tra-

yectos compartidos en proyectos ansiados. Desde el Yo sólo se construye un Yo mayor, desde el Otro se empieza a vislumbrar otra posibilidad. La responsabilidad es hacerse cargo de la realidad desde el Otro con infinita pasión.

Sin duda una sociedad arraigada enérgicamente, con un tono vital alto, y anclada en el Otro y por el Otro necesita un medio para recrearse y enriquecerse, ese es el espacio público.

El espacio público

Decía Hanna Arendt que una sociedad que no piensa es una sociedad totalitaria más allá del régimen político que esté en vigor. El totalitarismo, decía en los años cincuenta, bien puede sobrevivir a los regímenes totalitarios. Hemos construido una sociedad en la que el ideal es no pensar y para los humanos no deja de ser algo *contranatura*. «La ausencia de pensamiento no puede constituir un ideal para quien piensa» (Weil, E.) y, además, es el camino más seguro para la barbarie.

Es esencial en estos momentos para luchar contra la pobreza y la exclusión social generar espacios de debates plurales y amplios que nos permitan adueñarnos de nuestra situación, que nos otorguen la po-

sibilidad de sopesar y repensar quiénes queremos ser y hacia dónde queremos ir.

Tenemos que transitar esas zonas tan descuidadas en la historia que son las zonas fronterizas que nos deben proveer de ideas y proyectos para afrontar las contradicciones. La historia consiste en la apropiación de posibilidades en un decurso temporal y espacial. Esto quiere decir que no tenemos que resignarnos a padecer que las cosas sucedan, sino buscar con coraje qué posibilidades están a nuestro alcance.

Pero para atisbar posibilidades es esencial caminar junto a otros, caminar en comunidad de sentido y caminar en libertad. «Si el sentido de la política es la libertad, es en este espacio –y no en ningún otro– donde tenemos derecho a esperar milagros. No porque creamos en ellos, sino porque los hombres, en la medida que pueden actuar, son capaces de llevar a cabo lo improbable e imprevisible y de llevarlo a cabo continuamente, lo sepan o no»⁵.

En nuestro mundo, paradójicamente, «el incremento de la libertad individual puede coincidir con el incremento de la impoten-

cia colectiva, en tanto que los puentes entre la vida pública y la privada están desmantelados o ni siquiera nunca fueron construidos»⁶. Construir esos puentes es esencial para que la sociedad deje de ser un objeto de estudio y sea un sujeto de pensamiento y reflexión. En la construcción de estos puentes el empoderamiento de las personas excluidas es nuclear para iluminar contornos de justicia e igualdad.

Hans Magnus Ensemberger hablaba de unos «golpistas de laboratorio» que quieren poderes absolutos y no someter sus decisiones a procesos de deliberación pública expulsando de las decisiones a los ciudadanos, especialmente a los más pobres. Lo que tenemos que construir es una sociedad en la que podamos no sólo coexistir, sino que podamos convivir. Y convivir significa poder vivir y compartir justicia, dignidad y solidaridad.

Epílogo

Para terminar me gustaría volver a Ortega y «El tema de nuestro tiempo». Él nos dice «si cada ge-

⁵ ARENDT, H., *¿Qué es la política?*, Paidós, Barcelona, 1997, p. 66.

⁶ BAUMAN, Z., *En busca de la política*, FCE, 1999, p. 10. Ver para esta temática el Cap. 2.

neración consiste en una peculiar sensibilidad (...), quiere decirse que cada generación tiene su vocación propia, su histórica misión (...) Pero acontece que las generaciones, como los individuos, faltan a veces a su vocación y dejan su misión incumplida. Hay, en efecto, generaciones infieles a sí mismas, que defraudan la intención histórica depositada en ellas. En lugar de acometer resueltamente la tarea que les ha sido pre-fijada, sorda a las urgentes apelaciones a su vocación, prefieren sestear alojadas en ideas, instituciones y placeres creadas por las anteriores, y que carecen de afinidad con su temperamento. Claro

que esta deserción del puesto histórico no se comete impunemente. La generación delincuente se arrastra por la existencia en perpetuo desacuerdo consigo misma, vitalmente fracasada»⁷.

Espero que nuestra generación, en este momento histórico tan importante, no se «arrastre en perpetuo desacuerdo consigo misma», sino que sepa afrontar con decidida osadía la «lucha contra la pobreza y la exclusión social» que es «El tema de nuestro tiempo». ■

⁷ ORTEGA Y GASSET, J., *El tema de nuestro tiempo*, Obras completas, t. III, Alianza Editorial, p. 151.